



Prólogo

–¿Maud? ¿Tanto te aburrías que has preferido quedarte fuera, en la oscuridad?

La mujer que me llama está envuelta en la cálida luz de un comedor abarrotado de muebles. De mi boca brota un vaho que ondea hacia ella, húmedo y fantasmal, pero ninguna palabra. La nieve del suelo, escasa pero brillante, refleja la luz y le da en el rostro, que está arrugado a causa del esfuerzo que hace por ver. Pero yo sé que no ve muy bien, ni siquiera de día.

–Entra –añade–. Hace mucho frío. Te prometo que no diré ni una palabra más sobre ranas, ni sobre caracoles, ni sobre mayólica.

–No me aburría –digo, cayendo en la cuenta demasiado tarde de que está bromeando–. Estaré ahí en un minuto. Es que estoy buscando una cosa.

En la mano tengo, todavía manchado de barro, el objeto que ya he encontrado. Un objeto pequeño, fácil de perder. La tapa rota de una vieja polvera, el baño de plata y el esmalte azul marino ya no están relucientes, sino arañados y apagados. El espejo mohoso es como una ventana abierta a un mundo desvanecido,

como un ojo de buey que diera al fondo del mar. Me inquietan los recuerdos que me trae.

–¿Qué has perdido? –La mujer da un paso hacia el patio, vacilante y tembloroso–. ¿Quieres que te ayude? Puede que no vea muy bien, pero seguro que acabo pisándolo si no está muy bien escondido.

Sonrío, pero no me aparto de la hierba. La nieve se ha acumulado en los bordes de una pisada y parece el fósil de un dinosaurio diminuto recién descubierto. Aprieto la tapa de la polvera que tengo en la mano y el barro me pone la piel tirante conforme se seca. Hace casi setenta años que la perdí. Y ahora la tierra, que la nieve derretida ha vuelto blanda y masticable, ha escupido una reliquia. La ha escupido en mi mano. Pero ¿desde dónde? Eso es lo que no consigo descubrir. ¿Dónde estaba antes de convertirse en fruto de la tierra?

Un antiguo ruido, semejante al aullido de una zorra, forcejea en los bordes de mi cerebro.

–¿Elizabeth? –pregunto–. ¿Alguna vez has sembrado calabacines?



1

–¿Sabe que cerca de aquí atracaron a una anciana? –dice Carla, colocándose la larga, serpentina y negra cola de caballo sobre el hombro–. Bueno, en realidad fue en Weymouth, pero podría haber ocurrido aquí. Así que ya ve, el exceso de precaución nunca viene mal. La encontraron con media cara aplastada.

Esto último lo dice susurrando, aunque la sordera no es uno de mis problemas. Ojalá Carla no me contara esas cosas, porque me producen una inquietud que dura hasta mucho después de haber olvidado las anécdotas. Me da un escalofrío y miro por la ventana. No recuerdo en qué dirección queda Weymouth. Un pájaro pasa cruzando el cielo.

–¿Tengo suficientes huevos?

–Sí, hay muchos, así que hoy no tiene que salir.

Recoge la carpeta de cuidadora y se despide con un movimiento de cabeza, sin dejar de mirarme a los ojos hasta que respondo con otro movimiento igual. Me siento como si estuviera en la escuela. Hace un momento tenía algo en la mente, una historia, pero ahora he perdido el hilo. Érase una vez..., ¿era así como empezaba? Érase una vez una mujer muy anciana, llamada

Maud, que vivía en un denso y oscuro bosque. No recuerdo qué venía a continuación. Quizá algo sobre que esperaba que su hija la visitase. Es una pena que yo no viva en una linda casita en un oscuro bosque, eso podría imaginarlo. Y mi nieta podría traerme comida en una cesta.

Oigo un golpe en alguna parte de la casa y mis ojos recorren la salita; hay un animal, un animal de los que se llevan sobre los hombros, yace en el brazo del sofá. Es de Carla. Nunca lo cuelga en el perchero, supongo que porque teme olvidarlo. No puedo quitarle los ojos de encima, convencida de que se moverá, se escurrirá hasta un rincón o me comerá y ocupará mi sitio. Y Katy tendrá que hablar de sus grandes ojos, de sus grandes dientes.

–¡Cuántas latas de melocotón! –grita Carla en la cocina. Carla la cuidadora. «Cuidadoras», así las llaman–. Tiene que dejar de comprar comida –vuelve a decir. Oigo el susurro de las latas al ser arrastradas por la encimera de formica–. Aquí hay para alimentar a un ejército.

Suficiente comida. Nunca se tiene suficiente. De todas formas, parece que la mayor parte se pierde y no se encuentra a pesar de haberla comprado. No sé quién se la estará comiendo. Mi hija dice lo mismo. «No compres más latas, mamá», dice, revolviendo mis armarios en cuanto tiene ocasión. Creo que le está dando de comer a alguien. La mitad desaparece de casa cuando se va y luego le extraña que tenga que salir a comprar otra vez. En cualquier caso, ya no me quedan muchos placeres en la vida.

–Ya no me quedan muchos placeres –digo, irguiéndome en el asiento para que mi voz llegue a la cocina. Remetidos bajo los cojines del sillón hay unos brillantes envoltorios de bombones; sobresalen por los bordes laterales y los saco de allí. Patrick, mi marido, me regañaba por comer dulces. Comía muchos en casa. Era bonito disponer de caramelos de limón o de tartaletas cuando le apetecían a una, dado que no se permitían en la central telefónica: a nadie le gusta hablar con una telefonista que tiene la boca llena. Pero Patrick decía que me estropeaban los dientes. Siempre

he sospechado que le preocupaba más mi figura. Las gominolas eran nuestra solución de compromiso y todavía me gustan, pero ahora ya no hay nadie que me impida comer una caja entera de tofes si me apetece. Soy capaz de ponerme a ello de buena mañana. Ahora es por la mañana. Lo sé porque da el sol en el comedero de los pájaros. Da en el comedero de los pájaros por la mañana y en el pino por la tarde. Tengo un día entero por delante hasta que la luz dé en el árbol.

Carla entra en la salita, se pone medio encorvada para recoger los envoltorios que hay alrededor de mis pies.

–No sabía que estuvieras aquí, querida –digo.

–Le he preparado la comida. –Se quita los guantes de plástico–. Está en la nevera y le he dejado una nota encima. Ahora son las diez menos veinte, procure no comérsela hasta las doce, ¿de acuerdo?

Habla como si me lo zampara todo en cuanto sale por la puerta.

–¿Tengo suficientes huevos? –pregunto, sintiéndome hambrienta de repente.

–Sí, muchos –responde Carla, dejando la carpeta de cuidadora sobre la mesa–. Me voy ya. Helen vendrá más tarde, ¿vale? Adiós.

La puerta de la calle se cierra con un chasquido y oigo que Carla echa la llave. Para encerrarme. La miro por la ventana mientras recorre el sendero del jardín. Encima del uniforme lleva un abrigo con capucha ribeteada de piel. Una cuidadora con piel de lobo.

Cuando era niña me habría gustado que la casa fuese para mí sola, comer cosas de la alacena y ponerme mis mejores vestidos, enchufar el gramófono y tumbarme en el suelo. Ahora preferiría tener compañía. La luz se ha quedado encendida y la cocina parece un decorado vacío cuando entro a reorganizar los armarios y a comprobar qué me ha dejado Carla para comer. Casi tengo la impresión de que va a entrar alguien, mi madre con la compra o papá con los brazos llenos de pescado frito con patatas, y que diga algo dramático, como en una de esas obras que representan en el Pier Theatre. Papá podría decir: «tu hermana se ha ido», y sona-

ría un tambor, una trompeta o algo parecido, y mamá diría: «para nunca más volver», y los tres nos miraríamos para que el público comprendiera la situación. Saco una bandeja de la nevera mientras me pregunto cuál sería mi parlamento. Hay una nota en la bandeja: «Comida para Maud, comer después de las 12.00». Retiro el envoltorio de celofán. Es un emparedado de queso y tomate.

Cuando termino de comer, vuelvo a la salita. Está todo muy tranquilo y ni siquiera el reloj se atreve a hacer tictac muy alto. Pero señala la hora y me quedo mirando las manecillas que giran lentamente en la repisa de la chimenea de gas. Tengo varias horas por delante y en cierto momento decido encender el televisor. Están dando uno de esos programas de entrevistas. Dos personas sentadas en un sofá se inclinan hacia otra persona sentada en el sofá situado enfrente. Sonríen y agitan la cabeza y, finalmente, la persona sentada sola se echa a llorar. No consigo enterarme de qué va la cosa. Después hay otro programa en que la gente recorre varias casas buscando objetos que puedan venderse. Los típicos objetos feos que resultan sorprendentemente valiosos.

Unos años antes me habría horrorizado de mí misma; ¡ver la televisión de día! Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? A veces leo, pero los argumentos de las novelas ya no tienen sentido y nunca recuerdo hasta dónde he leído. También puedo hervir un huevo. Puedo comerme un huevo. Y puedo ver la tele. Después de todo, lo único que hago es esperar: a Carla, a Helen, a Elizabeth.

Elizabeth es la única amiga que me queda. Todas las demás están en residencias o en la tumba. Elizabeth es aficionada a esos programas de venta de objetos y tiene la esperanza de encontrar un día un tesoro olvidado. Compra toda clase de platos y jarrones horribles en las tiendas de beneficencia, cruzando los dedos para que valgan una fortuna. A veces yo también le compro cosas, sobre todo piezas sueltas de porcelana chillona, es una especie de juego: quién comprará en Oxfam la taza o la tetera más fea. Más bien infantil, pero he comenzado a descubrir que estar con Elizabeth, reírme con ella, es lo único que hace que me sienta yo misma.

Tengo la sensación de que hay algo que debería recordar a propósito de Elizabeth. Quizá quería que le llevara algo. Un huevo cocido o bombones. Ese hijo suyo le raciona la comida y la está matando de hambre. Ni siquiera gasta dinero en cuchillas de afeitar para él. Elizabeth dice que cada vez que se afeita se le queda la cara en carne viva y teme que algún día se corte el cuello. A veces me gustaría que lo hiciera. El muy tacaño. Si no fuera por mí, que a veces le llevo algo extra, la pobre se quedaría en los huesos. Veo aquí una nota que dice que no salga a la calle, pero no entiendo por qué. No perjudico a nadie si hago una escapada a la tienda.

Escribo una lista antes de ponerme el abrigo, busco el sombrero y las llaves, compruebo que tengo las llaves en el bolsillo de siempre y luego vuelvo a comprobar la puerta de casa. Hay manchas blancas en la acera, de caracoles que han pisado por la noche. En esta calle hay siempre cientos de bajas después de una tarde lluviosa. Pero me pregunto qué produce esas marcas, qué parte del caracol hace que la mancha se vuelva de color blanco.

—No palidezcas, querido caracol —digo, doblándome hasta donde soy capaz para mirarlo mejor. No recuerdo de dónde procede la frase, pero es posible que sea a propósito de este mismo animalito. Tengo que acordarme de buscarla cuando llegue a casa.

La tienda no está lejos, pero estoy cansada cuando llego, y por alguna razón doblo la esquina que no es, lo que significa que he tenido que dar media vuelta y rodear nuevamente la manzana. Me siento como cuando acabó la guerra. A menudo me perdía cuando recorría la ciudad, entre casas bombardeadas y en ruinas, y de súbito espacios vacíos y calles bloqueadas por ladrillos, escombros y muebles rotos.

Carrow's es un lugar pequeño, atestado de cosas que no quiero. Me gustaría que apartaran las filas interminables de latas de cerveza y dejaran sitio para algo útil. Aunque siempre han estado allí, desde que era niña. Lo único que cambiaron fue el rótulo de la fachada, hace unos años. Ahora pone Coca-Cola y Carrow's está escrito debajo como si se les hubiera ocurrido a última hora.

Lo leo mentalmente al entrar y luego leo mi lista de la compra en voz alta, al lado de un estante lleno de cajas. Ricicles y Shreddies, sean lo que sean.

–Huevos. Leche, entre signo de interrogación, chocolate. –Inclino el papel para que le dé la luz. En la tienda hay un agradable aroma a cartón y es como estar en la despensa de casa–. Huevos, leche, chocolate. Huevos, leche, chocolate. –Pronuncio las palabras, aunque no recuerdo qué aspecto tiene cada cosa. ¿Estarán en alguna de las cajas que tengo delante? Sigo avanzando, musitando la lista mientras recorro la tienda, pero las palabras comienzan a perder el significado y ahora son como una cantilena. Veo que en la lista hay también «calabacines», pero no creo que tengan en este establecimiento.

–¿Puedo ayudarla, señora Horsham?

Reg se apoya en el mostrador y su rebeca gris cuelga como una bolsa, barriendo las golosinas de a penique que desbordan del contenedor de plástico y dejando algo de pelusilla encima. Me mira mientras voy de aquí para allá. El muy fisgón. No sé qué estará vigilando. Todo porque una vez me fui con algo sin pagar. ¿Y qué? No era más que una bolsa de lechuga troceada. ¿O era un tarro de mermelada de frambuesa? Lo he olvidado. En cualquier caso lo recuperé, ¿no? Helen volvió con el artículo y allí acabó todo. Como si él no se equivocara nunca. Anda que no me ha devuelto dinero de menos durante años. Hace decenios que dirige la tienda y ya es hora de que se jubile. Aunque su madre no dejó de trabajar hasta los noventa años, así que es muy probable que él siga en la brecha otro poco. Me alegré cuando la vieja se retiró por fin. Se burlaba de mí cada vez que me veía porque cuando yo era muy joven le había pedido que aceptara una carta dirigida a mí. Había escrito a un asesino y no quería que me enviara la respuesta a casa, y además no había firmado con mi nombre, sino con el de una actriz de cine. No recibí respuesta, pero la madre de Reg creyó que la carta que esperaba era de amor y solía reírse de aquello incluso mucho después de haberme casado.

¿Para qué he entrado en la tienda? Los sobrecargados estantes me miran ceñudos desde arriba conforme los rodeo, y el linóleo blanquiazul me observa desde abajo, sucio y agrietado. Mi cesta aún está vacía, aunque me parece que ya llevo un rato aquí. Reg no deja de observarme. Alargo la mano para coger algo; es más pesado de lo que esperaba y mi brazo cae con brusquedad. Es una lata de melocotón en rodajas. Servirá. Echo más latas en la cesta y las dos asas me resbalan hasta la cara interna del codo. Las varillas de metal me rozan la cadera cuando me dirijo al mostrador.

–¿Está segura de que es eso lo que quiere? –pregunta Reg–. Es que ayer también se llevó mucho melocotón en rodajas.

Miro la cesta. ¿Será cierto? ¿De veras compré lo mismo ayer? Reg tose y veo una chispa de diversión en sus ojos.

–Estoy segura, gracias –replico con voz firme–. Si quiero comprar melocotón en rodajas, compro melocotón en rodajas.

Reg enarca las cejas y se pone a teclear precios en la caja registradora. Yo mantengo la cabeza erguida, veo que mete las latas en una de esas cosas de plástico que sirven para transportar, pero tengo las mejillas ardiendo. ¿A qué habré ido a la tienda? Rebusco en el bolsillo y encuentro un papel azul con mi letra: «Huevos. ¿Leche? Chocolate». Cojo una tableta de Dairy Milk y la pongo en la cesta, para tener al menos una cosa de la lista. Pero ya no puedo devolver las latas de melocotón, porque Reg se reiría de mí. Abono el precio de las latas y salgo a la calle cargada con la bolsa. Voy despacio porque la bolsa es pesada y me duelen el hombro y la corva. Recuerdo la época en que las casas desfilaban a toda velocidad cuando salía y volvía a mi casa casi corriendo. Mamá me preguntaba después por lo que había visto, si determinados vecinos estaban fuera o qué opinaba de la nueva tapia de este o aquel jardín. Yo nunca me daba cuenta, porque todo había pasado como una exhalación. Ahora tengo tiempo de sobra para mirarlo todo y nadie a quien contar lo que he visto.

A veces, cuando me pongo a revisar o a ordenar cosas, encuentro fotos de mi juventud y es una verdadera conmoción ver-

lo todo en blanco y negro. Creo que mi nieta está convencida de que teníamos la piel gris, el pelo sin brillo y de que siempre nos retrataban en paisajes en sombras. Pero yo recuerdo que cuando era niña había tanta luz en la ciudad que hacía daño a los ojos. Me acuerdo del azul intenso del cielo y del verde oscuro de los pinos vistos a contraluz, del rojo encendido de las casas de ladrillo locales y de las alfombras anaranjadas de las agujas de pino que pisábamos. En la actualidad –aunque estoy convencida de que el cielo es a veces igual de azul y de que casi todas las casas siguen donde estaban, y de que los árboles siguen sembrando el suelo de agujas–, en la actualidad los colores parecen apagados, como si mi vida discurriera hoy en una antigua fotografía.

Cuando llego a casa está sonando la alarma del reloj. A veces la pongo para acordarme de las citas. Dejo la bolsa detrás de la puerta de la calle y apago la alarma. No consigo recordar para qué la he puesto esta vez, no veo nada que me lo indique. Quizá vaya a venir alguien.